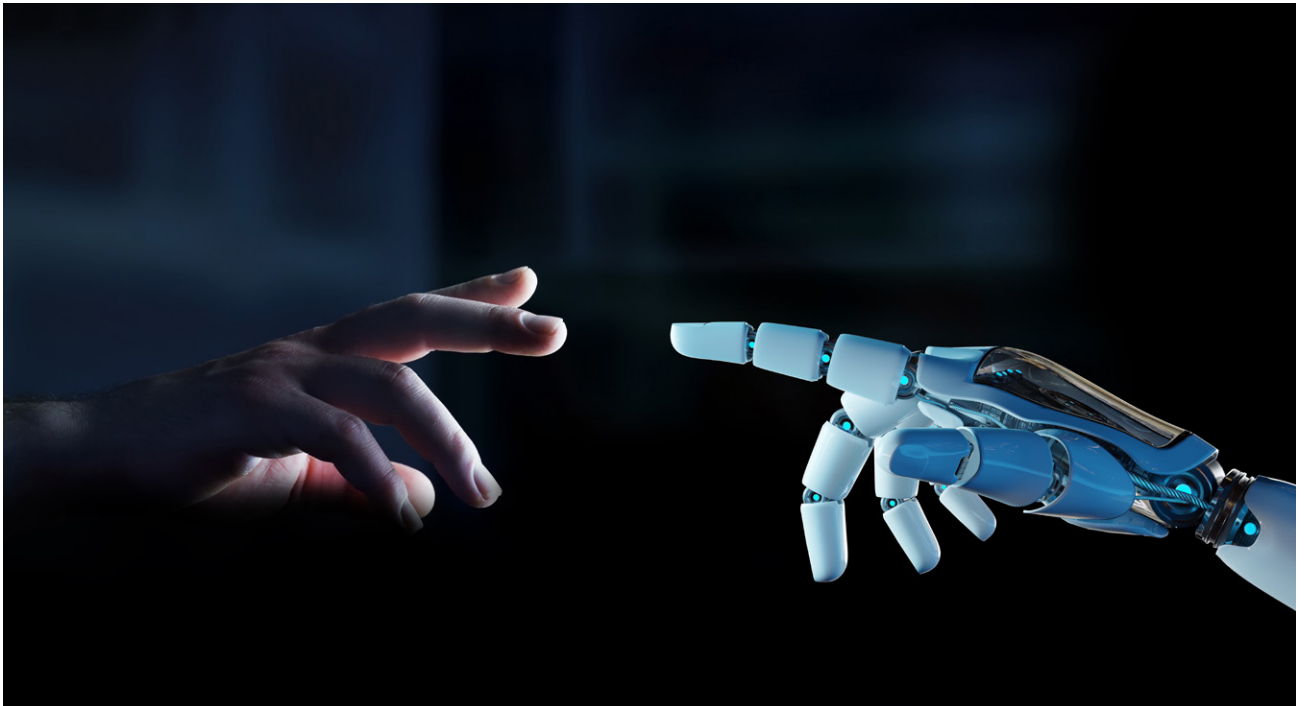


El futuro es más humano de lo que pensamos



Cuando visualizamos el futuro tenemos la idea de que los robots y la inteligencia artificial tendrán un rol protagónico. Ciertamente, la tecnología tendrá enorme influencia en este futuro, pero mientras más pensamos en este tema nos damos cuenta de que la vida en el futuro requiere que los humanos sean más humanos y menos máquinas.

Si gracias a nuestra enorme capacidad humana creamos estas increíbles máquinas para hacer más eficiente nuestro trabajo, llegó la hora de entender cuál es el diferenciador más grande que tenemos con esas máquinas: la emocionalidad. Durante años, las emociones fueron consideradas

como una debilidad. Se creía que las emociones obstaculizaban las decisiones y que nos hacían seres más inestables.

Pues resulta que, gracias a todo lo que conocemos sobre la neurociencia y el funcionamiento cerebral, hoy sabemos que las emociones son parte experiencial de cómo nos relacionamos, actuamos y decidimos.

Gracias a todo lo que conocemos sobre la neurociencia y el funcionamiento cerebral, hoy sabemos que las emociones son parte experiencial de cómo nos relacionamos, actuamos y decidimos.

El sistema límbico encargado del procesamiento de las emociones es la primera entrada de cualquier estímulo que recibimos, es decir, que no hay nada que hagamos como seres humanos que no esté “contaminado” por las emociones.

Para poder enfrentar el futuro debemos tener claro que nuestras emociones son más necesarias que nunca. Así, para poder soñar con un mejor futuro, debemos no solo dotar a nuestros niños de clases de programación y robótica, sino de un currículo emocional, que les permita desarrollar su ventaja más grande ante las máquinas del futuro. Nuestro desafío está en sembrar, específicamen-

te en las nuevas generaciones, el mejor manejo emocional, así como la autorregulación: destrezas habilitadoras para sobrevivir en este mundo cambiante.

Sin duda la pandemia del COVID-19 nos ha demostrado, como dijo Darwin, que el que sobrevive no es el más fuerte sino el que mejor se adapta al cambio. La destreza de resolver problemas, así como la resiliencia, son definitivamente protagonistas de nuestro futuro, y ambas están conectadas directamente con las emociones.

Son características de personas líquidas, capaces de adaptarse a nuevas situaciones y condiciones. La realidad es que la tecnología,

que fue creada por nosotros, tiene que darnos más tiempo para hacer lo que mejor sabemos hacer: sentir y pensar. La tecnología no vino para reemplazarnos, como muchos alegan, ni para amenazar nuestros trabajos; vino a permitirnos tener mejor calidad de vida y a que pudiéramos dedicarnos a observar más, a aprender y sentir. Si es que logramos descifrar cómo ser mejores humanos gracias a las

La tecnología no vino para reemplazarnos ni para amenazar nuestros trabajos; vino a permitirnos tener mejor calidad de vida y a que pudiéramos dedicarnos a observar más, a aprender y sentir.

máquinas, habremos realmente evolucionado como especie.

Valoremos más al ser humano y sus innatas capacidades de conectarse con otros, de pensar en el bienestar de otros. Cuando soñemos en un mundo tecnológico, recordemos que, a mayor tecnología, mayor necesidad habrá de seres humanos flexibles, autorregulados, con conciencia de sus emociones.

Es hoy cuando diseñamos la educación, para que esta traiga como resultado a los ciudadanos del futuro.



Para poder enfrentar el futuro debemos tener claro que nuestras emociones son más necesarias que nunca.